



III

VALOR TRASCENDENTE DEL CONOCIMIENTO

1. El valor intuitivo del conocimiento sensitivo

El conocimiento sensitivo se manifiesta como inmediatamente —sin intermediarios— insertado y determinado por el ser material bajo alguno de sus aspectos fenoménicos. En estos sentidos externos el ser está presente en los datos inmediatos de la intuición sensitiva, pero no es aprehendido en su formalidad de ser.

De todos modos, el conocimiento sensitivo exterior es intuitivo y, como tal, articulado totalmente en la realidad trascendente, aunque él no tenga conciencia expresa de ello. La realidad material existente está presente en todo sentido externo.

Los sentidos internos reproducen o también agrupan y combinan los datos de los sentidos externos y, por eso, no son intuitivos. Únicamente el instinto percibe lo útil o nocivo para el individuo o la especie a través de la misma sensación exterior.

2. El realismo inmediato del concepto

Por eso, cuando el concepto aprehende las notas esenciales, lo hace siempre inicialmente desde los datos de los sentidos, que lo colocan inmediatamente en la realidad exterior. Si bien el concepto es abstracto en el modo de aprehender su objeto, no lo es en cuanto a su objeto, a lo que aprehende: la esencia inmediatamente tomada de los datos de la intuición sensible. Por eso, la esencia de los seres materiales —aunque de un modo abstracto— está aprehendida inmediatamente en el concepto. Maritain denomina con razón al concepto como una "intuición abstractiva" o aprehensión inmediata de la esencia trascendente o de alguna de sus notas.

Desde esta esencia de los entes materiales, inmediatamente dados en la intuición sensitiva, la inteligencia pasa a elaborar otros conceptos, siempre insertados e iluminados por el ser trascendente.

Lo importante es subrayar que todos los actos de la inteligencia, tanto contemplativa del concepto —y el juicio que en él se apoya— como discursiva del raciocinio, están insertados en todo su ámbito y alimentados por el ser

trascendente como su objeto formal, iluminados con la verdad con él identificada. En otros términos, la inteligencia no puede actuar si no está determinada objetivamente por el ser trascendente. Todos los pasos de la inteligencia son los pasos dados desde el objeto formal determinante de ese ser trascendente. Sin este ser trascendente la inteligencia es incapaz de actuar y pierde su sentido de tal.

3. La realidad del concepto y del conocimiento

Hemos dicho antes que el conocimiento es una realidad única, precisamente porque no es material, que debe ser aprehendida, descripta y analizada como ella realmente es, sin deformaciones que la mutilan o desnaturalizan.

En el concepto —y en el conocimiento intelectual, en general, que se apoya siempre en él— la realidad trascendente es aprehendida como tal o distinta del propio acto. El ser trascendente está presente y es contemplado como tal en el concepto. El sujeto y el objeto se presentan como inmediata y simultáneamente dados en la unidad del acto cognoscente. El entendimiento en acto es el objeto entendido en acto. El objeto está dado inmediatamente en el acto del concepto como objeto o ser distinto o trascendente a él. Se trata de una unidad intencional que abarca en el acto del concepto la dualidad del sujeto y objeto realmente distintos. Por eso, dice Santo Tomás: "intelligens in actu est intellectum in actu, el entender en acto es el objeto entendido en acto". El sujeto confiere existencia al objeto, como distinto de él, en su propio acto cognoscente. Como dice Maritain, el conocimiento se constituye, precisamente por su inmaterialidad, como una "superexistencia" o riqueza de ser del acto cognoscente, que se constituye capaz de conferir existencia al objeto trascendente conocido como tal, capaz de hacerlo existir, como distinto del propio, en el acto cognoscente.

Por eso el valor trascendente del conocimiento es una verdad evidente por sí misma, que no necesita demostración.

4. Falso planteo del valor del conocimiento

Sin embargo, es fácil materializar el conocimiento y desnaturalizarlo con un falso planteo de su valor trascendente.

Acabamos de afirmar que el conocimiento indica siempre la aprehensión y presencia de un objeto trascendente. Ahora bien, si se plantea el problema de su valor en esta forma: "¿cómo se sabe que al conocimiento responde un objeto o realidad distinta del mismo?", ya en este mismo planteo el conocimiento ha sido mutilado y deformado de antemano. En efecto, en este planteo se supone ya, sin crítica, que el conocimiento es una imagen, a la cual hay que averiguar si responde una realidad distinta de él. De este modo se ha



despojando al conocimiento del objeto trascendente que él esencialmente encierra y se lo ha materializado al reducirlo a una mera imagen de la realidad.

Siempre que el problema del conocimiento se plantea de esta forma del llamado "puente" entre las ideas y la cosa, en el planteo mismo está postulada, sin crítica, la solución inmanentista. Porque nunca se podrá saber si a esa pura imagen, a que se ha reducido arbitrariamente el conocimiento, responde una realidad, ya que nunca podremos llegar a ella, bloqueados como estamos siempre en la mera representación desarticulada de la realidad. Nunca podríamos salir de esta imagen inmanente.

Este planteo está formulado ya en Descartes, cuando se pregunta cómo sabemos que a nuestras "ideas claras y distintas" responde la realidad que ellas "representan". Descartes, de hecho, es realista, porque supone que Dios infunde nuestras ideas y Él no puede engañarse ni engañarnos. Pero inmediatamente se plantea el problema, supuesta su concepción de las ideas como pura representación: ¿quién me asegura que a la idea de Dios responde una realidad divina? Por eso, Descartes de iure es idealista. No puede lógicamente saltar de las ideas como pura representación a una realidad trascendente representada.

Tampoco Kant supera "el planteo del puente" entre el conocimiento y la realidad. Porque en la Crítica de la Razón Pura comienza por analizar un conocimiento puramente inmanente, para ver si después puede alcanzar el ser trascendente o, lo que es lo mismo, si es posible la metafísica. Lo grave es que en el planteo mismo Kant despoja al conocimiento del ser trascendente; y analiza el conocimiento dejando entre paréntesis la "cosa en sí", más allá y separada del conocimiento mismo y, desde entonces, inalcanzable por la inteligencia.

Esta mutilación del conocimiento, desarticulado de antemano del ser o realidad trascendente o "cosa en sí", es realizada por Kant sin crítica, en el planteo mismo del problema. Por eso, todos sus ulteriores análisis de este conocimiento, así despojado de su objeto trascendente, no podrán conducir nunca al realismo y están confinados de antemano a un idealismo trascendental. Un formalismo a priori, creador de objetos en la inmanencia trascendental del sujeto, suplanta lógicamente a la realidad en sí o el ser trascendente, de antemano dejado de lado y, por eso mismo, siempre inalcanzado por la inteligencia.

Tal es la raíz última del agnosticismo e idealismo trascendental de Kant, postulado sin crítica en el falso planteo del análisis de un conocimiento mutilado, separado como está de su objeto: el ser trascendente.

Este falso planteo del conocimiento, que conduce al inmanentismo o bloqueo de la actividad intelectual en sí misma, sin objeto trascendente, se repite en otros sistemas de la filosofía moderna y contemporánea de diversos signos. Así, para señalar una posición actual, el neo-positivismo matemático supone que el único objeto de la filosofía es "el dato sensible verificable" o aprehen-

sible por varios sujetos. Esta posición completamente arbitraria, comienza por deformar el conocimiento al reducirlo a datos puramente sensibles y aprehensibles por varios sujetos. El ser trascendente dado, constitutivo del conocimiento intelectual, está arbitrariamente suprimido; y se analiza consiguientemente un conocimiento que no es el verdadero conocimiento.

Por lo demás, esta posición es también contradictoria, porque la afirmación en que se funda, a saber, que sólo valen los hechos empíricos verificables, no es ningún hecho empírico; es una afirmación antojadiza y deformante del verdadero conocimiento.

5. El verdadero planteo del valor del conocimiento

El valor trascendente del conocimiento es una verdad evidente, que no se puede demostrar, precisamente porque es primera, pero que tampoco necesita demostración. No se puede demostrar, porque únicamente la inteligencia podría hacerlo, y habría que presuponer su valor antes de demostrarlo. Es decir, querer demostrar el valor de la inteligencia mediante la inteligencia misma —único medio que tenemos para hacerlo—, constituiría una petición de principio, o sea, habría que suponer su valor antes de demostrarlo para poderlo demostrar.

Pero la verdad es que el valor trascendente de la inteligencia no necesita demostración. Es una verdad evidente por sí misma: que en el acto de entender aprehendemos el objeto o ser trascendente al acto.

Toda demostración se apoya en las verdades o principios primeros evidentes por sí mismos. Si no hubiera verdades evidentes por sí mismas, y, como tales, indemostrables, nada se podría demostrar, porque no se llegaría nunca a las verdades que por sí mismas fundan las otras verdades no evidentes. Y una de esas verdades primeras es precisamente el valor trascendente de nuestra inteligencia, cuya evidencia se impone por sí misma.

El verdadero planteo del valor del conocimiento consiste en analizar el conocimiento tal cual él se manifiesta en nuestra conciencia y darnos cuenta de que implica esencialmente un objeto trascendente o distinto del propio acto de entender.

Acabamos de ver que el valor del conocimiento, intelectual principalmente, no se puede demostrar, pero que no necesita demostración por ser una verdad evidente por sí misma. Sin embargo, este valor trascendente de la intelección puede demostrarse indirectamente, haciendo ver que a dicho valor no se lo puede negar o poner en duda, es decir, redarguyendo a los que se oponen a él. En efecto, sólo la inteligencia es capaz de negar o poner en duda el valor de dicha inteligencia. Ahora bien, para que esta negación o duda del valor de la inteligencia posea valor y sentido, es menester que la intelligen-

cia posea valor objetivo; porque si la inteligencia es capaz de negar o poner en duda el valor de la inteligencia para conocer la verdad, quiere decir que la inteligencia es capaz de conocer esta verdad: a saber que la inteligencia no vale o es dudosa en su valor. Y, consiguientemente, la inteligencia vale. En otros términos, si la inteligencia tiene capacidad para ver que su propio conocimiento no es objetivo o es dudoso, quiere decir que es capaz de conocer la verdad del alcance de la inteligencia. Como el ave fénix de la leyenda, la inteligencia resucita de sus propias cenizas, de la negación o duda de su propio valor objetivo, ya que tal negación o duda ni sentido tendría sin el valor trascendente de la misma.

El valor de la inteligencia para aprehender la verdad del ser trascendente se puede poner de manifiesto por un análisis directo del acto de entender. En efecto, este acto siempre implica intencionalidad, es decir, el acto de entender encierra siempre un objeto distinto o trascendente a él, o sea, que no hay intelección posible sin un ser trascendente al acto mismo de conocer. Así lo han puesto en evidencia, no sólo Santo Tomás, en el Medievo, sino también en nuestros días E. Husserl y M. Scheler. Toda la actividad intelectual se manifiesta como nutrida e iluminada por la verdad del ser trascendente, distinta del propio acto, de tal manera que sin este ser trascendente no puede ejercerse y pierde todo sentido el acto intelectual.

La inteligencia de sí está vacía de todo contenido propio immanente. Únicamente desde el ser trascendente, que se hace presente en ella, puede actuar y tiene sentido su actividad y sólo después de esta aprehensión de la realidad objetiva, puede reflexionar y aprehender su propio acto. Sólo después del cogitatum es posible aprehender el cogito.

Si tenemos en cuenta que todo ser trascendente inmediatamente dado es finito y contingente y, como tal, únicamente es por participación causal del Ser imparticipado, llegamos a la conclusión de que toda actividad intelectual se apoya, en última instancia, en el Ser que es por sí mismo o Acto puro de Ser, por el cual son los demás entes

La inteligencia está, pues, abierta e iluminada por la luz o verdad del ser trascendente; el cual, en definitiva, es por participación de la Luz o Verdad infinita del Ser en sí. Detrás de cualquier objeto de la inteligencia, el Ser divino está para sustentar y dar razón del mismo, de su ser o verdad trascendente. Vale decir que la apertura esencial de la inteligencia al ser o verdad trascendente, sin el cual no tiene sentido, es, en última instancia, una apertura al Ser en sí de Dios, por el que es todo otro ser o verdad. El Ser o Verdad de Dios es el fundamento de todo otro ser o verdad y, consiguientemente, el fundamento de la capacidad de la inteligencia para aprehender cualquier verdad o ser trascendente.

6. Las tres verdades implicadas en todo acto de conocimiento intelectual

Acabamos de hacer ver que todo acto de inteligencia implica el ser trascendente y, en definitiva, el Ser de Dios. Esto es lo que constituye la primera verdad implicada en el conocimiento intelectual, la capacidad de éste para aprehender la verdad o ser trascendente.

Pero en todo conocimiento está implicada también la existencia propia, ya que no se puede pensar, aunque sea para negar o poner en duda el valor de la inteligencia, si no es real el sujeto que formula esa intelección.

También en todo conocimiento intelectual está implicado el valor del principio de no contradicción; porque sin él toda formulación del pensamiento carece de sentido: sería lo mismo afirmar una cosa que negarla o afirmar su contradictorio. Sin este principio, el problema del conocimiento, aunque sea para negar o poner en duda el valor del conocimiento, no podría formularse siquiera.

MONS. DR. OCTAVIO N. DERISI